

FIEBRE EN EL EXILIO: EL RENACIENTE QUIJOTISMO DE UNAMUNO EN FUERTEVENTURA

FRENZY IN EXILE: THE REVIVAL OF UNAMUNO'S QUIJOTISM IN FUERTEVENTURA

María Paula CANTERO
Universidad de Salamanca
paulacantero@usal.es

1. INTRODUCCIÓN

El *Quijote* como texto y el quijotismo como concepto han sido parte importante de toda la vida y obra de Miguel de Unamuno. Desde 1895 hasta su muerte en 1936, publica textos en los que se refiere a la obra cervantina, declarándose fuera del cervantismo ortodoxo o académico y centrándose en el personaje, al que percibe, primero, de manera burlesca y hasta en un sentido negativo, pero que enseguida transfigura siguiendo el modelo de la crítica romántica, hasta llegar a santificarlo y proponerlo como modelo del espíritu español. En *El quijotismo de Unamuno entre filosofía y mito*, Luis Iglesias Ortega reúne hasta 370 escritos de temática quijotesca, entre ensayos, artículos, prólogos, poemas y proyectos, sin contar el amplio epistolario: «Desenvolver todo este programa [...] sería exactamente exponer la totalidad del pensamiento unamuniano, ya que, como se ve, el quijotismo es la gran metáfora, o, mejor dicho, la gran alegoría sobre la que pretende montar toda su filosofía» (Iglesias Ortega: 1990, 13)¹. Hay que admitir que la relación de Unamuno con Cervantes se ha tratado casi siempre desde un punto de vista filosófico o desde una lectura intertextual, es decir, por alusiones explícitas o asociación de temáticas en común, algo que constituye un obstáculo si queremos estudiar el verdadero significado que tuvo el quijotismo para el autor vasco. No es nuestra intención embarcarnos en dicha labor enciclopédica, tarea que excede, por un lado, los requisitos de un artículo de estas características, y por otro, nuestro interés focalizado en la etapa de su exilio, del

que se acaban de cumplir 100 años. Nuestro fin último es señalar el sentido y el valor que tuvo el quijotismo para Unamuno en un momento determinado –1924– y en un lugar específico –Fuerteventura– y evaluar cómo repercutió este tema en su vida y en su obra posterior.

Tal como expresan sus biógrafos (Salcedo, 1964; Rabaté, 2009), las múltiples experiencias que Unamuno atraviesa en el exilio en Fuerteventura lo conmueven profundamente y moldean a la persona que será al volver a España en 1930. Se trata tanto de experiencias externas –contacto con el mar, paseos en camello, conversaciones con los habitantes canarios– como de vivencias internas –pensamientos, reflexiones, lecturas que dan nacimiento a nuevas ideas–. Esta nueva situación desencadena un renacer de su quijotismo que, luego de *Vida de don Quijote y Sancho* (1905), no había vuelto a expresar con tanta intensidad. Por ello, este trabajo intenta responder a la pregunta de qué le ocurrió a Unamuno en 1924 para que se reavivara dicho quijotismo, qué eventos modificaron su espíritu y lo ayudaron a salir de la crisis sufrida durante 1924-1925, crisis que tiene sus antecedentes en otras más antiguas, la de 1880, cuando lee a sus filósofos predilectos durante la carrera universitaria en Madrid y vive la experiencia de la soledad, y la de 1897, cuando se enfrenta a la enfermedad de su hijo Raimundín. Estos malestares de orden psíquico son para él parte de la condición del ser humano, ya que «el hombre es un animal esencial y sustancialmente enfermo» (Unamuno, 1966: VII, 133)². Pero Unamuno también ve como una enfermedad la situación sufrida por todos los habitantes canarios al encontrarse aislados, tal como expresa en los discursos que da en Las Palmas de Gran Canaria en junio y julio de 1910, en los que se refiere al amodorramiento y la soñarrera, que derivan de una circunstancia tanto espiritual como geográfica, sin saber que catorce años después, él mismo sería víctima de dicho mal³. En esta línea, si comparamos de manera metafórica el exilio forzado con una enfermedad que llega para corroer su bienestar, nuestra tarea aquí es reconocer los síntomas, establecer un diagnóstico y evaluar los efectos ulteriores. Para ello, seguiremos un método ordenado: nos detendremos muy brevemente en la concepción que el vasco tenía del quijotismo antes del exilio, para luego centrarnos en lo ocurrido durante el destierro en Fuerteventura y evaluar, finalmente, las repercusiones que tuvo dicho quijotismo en su vida y obra posterior al abandono de la isla canaria.

2. ANTES DEL EXILIO: QUIJOTISMO COMO EMBLEMA DEL ESPÍRITU ESPAÑOL

Conviene diferenciar el concepto de quijotismo en el pensamiento de Unamuno de la noción del *Quijote* en su obra⁴. Es a la primera de estas acepciones a la que nos referiremos a lo largo de este artículo. A finales del siglo XIX, la interpretación de la obra cervantina fue tomando matices cada vez más políticos, al ser utilizada para explicar las causas y consecuencias de la decadencia económica y cultural de España frente al resto de Europa. El quijotismo –es decir, la figura del personaje cervantino con valor simbólico– es utilizado por la mayoría de los intelectuales contemporáneos a Unamuno para reflexionar sobre el llamado «problema de España», tal como lo hace él mismo en numerosos ensayos y artículos.

Reparemos en dos de los más citados al respecto, *En torno al casticismo* (1895) y *Vida de don Quijote y Sancho* (1905), para entender la concepción que Unamuno tenía del quijotismo años antes de ser exiliado⁵. El primero de estos ensayos es una extensa reflexión sobre la identidad española –en especial la castellana– y sobre la necesidad de europeizarse para salir de lo que él llama «el marasmo de España». Allí critica a su sociedad por encarnar una conciencia colectiva homogénea y rasa, defensora de lo trivial, de la cerrazón y la estrechez, cuyo carácter se ve reflejado en el del personaje cervantino (Unamuno, 1966: I, 859). De esta manera, acusa el fondo inmoral de la locura quijotesca, lo ve como un falso cristiano, aparente, que se preocupa más por su dama que por Dios. Si en *En torno al casticismo* el personaje cervantino representa el desastre nacional y es postulado como una causa de la problemática, diez años después, en *Vida de don Quijote y Sancho*, Unamuno reivindica al hidalgo como modelo ejemplar para una nación adormilada que debe encontrar sus raíces y su identidad. Aquí, el bilbaíno atribuye al escepticismo burlón la ruina de España y predice un retorno a lo serio y a lo heroico, como única vía de salvación (Del Río, 1928: 254). A partir de esta libre y personal exégesis de la obra cervantina es que nace su culto al quijotismo como religión nacional, tal como lo llama en su ensayo filosófico más conocido, *Del sentimiento trágico de la vida* (1913). Si en 1895 defendía el tener que europeizarse, ahora defiende justamente lo contrario, que es Europa la que tiene que españolizarse. El cambio de actitud entre lo que expone en ambos ensayos lo convirtió en blanco de ataques por parte de la crítica, que le achacó no solo haber avalado la europeización y la hispanización, sino haber saltado de una a la otra. Sin embargo, se tiende a olvidar que ese cambio no se dio de manera abrupta. La correspondencia que mantuvo con Ángel Ganivet entre 1896 y 1898 –recogida en *El porvenir de España* (1912)– y los artículos anteriores a 1905 demuestran que dicha evolución se dio de manera progresiva, al mismo tiempo que cuestionan la catalogación de Unamuno como ser contradictorio⁶. Quien mejor expresa este hecho dentro del ámbito español es Emilio Salcedo, pues para él *En torno al casticismo* contiene en germen todo el mundo de ideas de Unamuno, por lo que no se opone a lo que dirá diez años después en *Vida de don Quijote y Sancho*, de la misma manera que su actitud hacia lo extranjero no cambia de manera radical: «habla de castellanidad, de españolidad, pero a veces siente la tentadora llamada de la sirena europeizante, vestida de universalidad» (Salcedo, 1957: 235). Este vaivén que Unamuno siente entre España y el extranjero cobrará valor cuando, años después, lejos de su hogar y de los suyos, sienta la impetuosa necesidad de reforzar su patriotismo.

El 20 de febrero de 1924, Unamuno recibe la orden de destierro por disposición del rey Alfonso XIII, así como su destitución como vicerrector de la Universidad, como decano de la Facultad de Filosofía y Letras y como catedrático y profesor, lo que implica, además, la pérdida de su sueldo. Su inicial desprecio hacia la trágica noticia contiene acaso un fondo de alegría, pues se da cuenta de que ha logrado molestar tanto al Rey como a Miguel Primo de Rivera por medio de sus declaraciones y escritos⁷. Su carácter quijotesco lo dispone a llevar la lucha hasta el final –razón por la cual rechaza la propuesta de fuga a Portugal que le hacen

algunos amigos- y a reafirmar su misión: decir lo que pensaba, remover conciencias, ir contra los males y abusos que sufría la nación. La seriedad con que se toma esta misión, sumada a su fe mística -no la del católico que había dejado de ser, sino la del que busca la verdad y la inmortalidad del alma-, constituyen los rasgos más importantes de su idealismo. Unamuno se siente el apóstol laico de una nueva religiosidad en que «la verdad es la justicia». Por eso, Pedro Cerezo Galán apunta que su deber es una misión religioso-civil: el quijotismo entendido «como una religión universal de la libertad» (1996: 638). Defender este propósito será su salvación cuando le quieran despojar de todo. Unamuno lo sabe y por eso acepta partir -resignado pero envalentonado- rumbo a Fuerteventura, un día después de recibida la orden.

3. DURANTE EL EXILIO: FIEBRE DE QUIJOTISMO Y PAISAJE COMO CURA

Cuando Unamuno se ve obligado a abandonar el hogar familiar rumbo al destierro, es inevitable el temor a que lo invada el conocido mal de la *angst* kierkegaardiana, que él llama «congoja»⁸. La llegada a Fuerteventura el día 10 de marzo, luego de haber pasado por Cádiz, Tenerife y Las Palmas de Gran Canaria, lo deja agotado. El dolor de la distancia, los cambios de rutina, las noticias que llegan tarde, la falta de libros -solo lleva tres consigo- y la constante escolta de los vigilantes son factores que aumentan su malestar. A ello se suma un sentimiento de soledad generado por el recuerdo de su familia y de su España, que es una carga más en el exilio y, sobre todo, la necesidad de recuperar la libertad que le fue quitada, una idea que lo obsesiona y que estará presente en numerosos discursos al volver a España: «Cada vez me complazco más de aquel día en que me arrancaron de mi Salamanca para marchar al destierro, y me dio ocasión para deciros, al partir el tren: Yo volveré, y volveré a traeros la libertad»⁹.

Sin embargo, los primeros días en Fuerteventura son para nuestro autor días de calma y silencio. Al principio se limita a observar y a tomar notas, aunque todavía falta tiempo para que encontremos en sus escritos la profunda huella que la isla dejó en su ánimo. Enseguida ensalza el clima, el paisaje, la comida, sus habitantes y, aunque el espacio le parece desolado, no lo angustia, sino al contrario, ayuda a mermer su estado inicial de decaimiento y desasosiego, tal como expresa en su artículo «La aulaga majorera», de abril de 1924¹⁰. Tras las primeras semanas de estancia, la paz de la isla en la que deposita su angustia cede paso a la búsqueda de la verdad -haciendo caso a su divisa, primero la verdad que la paz-. A partir de abril de 1924, su alma inquieta decide dejar de lado el estado vacacional y comienza a publicar artículos en diversos periódicos, principalmente en *Caras y Caretas*, de Buenos Aires, en *La Libertad* y en *Nuevo Mundo*, de Madrid, lo que le permite ganar algo de dinero para el sustento familiar. Es a través de sus artículos y de la correspondencia con familiares y amigos como emprende su cruzada contra quienes están en el poder. Esta lucha por la verdad despierta en Unamuno, como primer síntoma, una fiebre de quijotismo, es decir, de quijotismo como símbolo que ya había pregonado en *Vida de don Quijote y Sancho* casi 20 años antes. En dicho comentario a la obra cervantina, el entonces rector

de la Universidad de Salamanca sentencia que nada es más certero que la experiencia inmediata, por lo que las ilusiones de don Quijote son «reales», tan reales como la cruzada que el propio Unamuno se forja contra Primo de Rivera desde el destierro, tarea para la que se ha llevado un recorte con el manifiesto del dictador en el que va subrayando frases, y que tiene como fin último la recuperación de la libertad, no la suya, sino, a la manera del hidalgo manchego, la de todos los que como él sufrieron injusticias.

3.1. *Renacer del quijotismo*

En primer lugar, la fiebre de quijotismo que experimenta Unamuno en Fuerteventura se debe a una plena identificación de su persona con el personaje cervantino¹¹. Es el propio autor vasco el que asume el rol de don Quijote en la isla, al declarar su intención de escribir una obra que titularía «Don Quijote en Fuerteventura», en la que narraría sus peripecias durante el destierro¹². En el artículo «La risa quijotesca», la identificación con el caballero andante se basa, sobre todo, en el sentimiento del ridículo. La conciencia de estar en tierra extraña, al servicio de una llamada que solo él entiende y enfrentarse a la risa de los demás –la de los duques en la obra cervantina, la de Primo de Rivera en el caso de Unamuno– es el mayor heroísmo de nuestro autor, al que José Balseiro califica como «un propagandista del ridículo en su sentido noble» (1934: 647)¹³. En el personaje cervantino, que se reconcilia con su destino de héroe al reírse de los que se burlan de él, trataba de encontrar Unamuno el eco de sus propias pasiones. Es por eso por lo que en «La Atlántida» rescata la risa quijotesca como arma de lucha, como «la libertad del espíritu magnánimo sobre toda adversidad» (Cerezo Galán, 1996: 636). En el mismo artículo expresa que, así como don Quijote creó la ínsula Barataria, él quiere forjarse su propia Fuerteventura, pues la voluntad es el acto más puro de autoafirmación heroica. En esta idea resuenan claramente los ecos de aquella proclamación de fe quijotesca lanzada en los plenos años de *Vida de don Quijote y Sancho*, tal como lo plantea Sebastián de la Nuez (1964: 256). En Fuerteventura, Unamuno retoma el tono cálido y exultante de ese ensayo, que se había vuelto más grave y analítico en *Del sentimiento trágico de la vida*. Meses más tarde, cuando se encuentre en París, será el propio autor quien reconozca que en la isla majorera vive lo que había predicado en aquel libro de 1905, al sellar con su conducta lo que había escrito acerca del hidalgo manchego (Unamuno, 1966: VIII, 613). Es así como Unamuno, que tanto había pregonado al Quijote como mito mesiánico, se convierte en él y se justifica por ello: «¿De qué me serviría predicar a los cuatro vientos el evangelio de don Quijote, si llegada la ocasión no me metiese en quijoterías por los mismos pasos por que él se metió?» (Unamuno, 1966: III, 507).

La identificación con el personaje cervantino se basa, por otro lado, en la lucha que Unamuno emprende contra el poder y el autoritarismo, a quienes responsabiliza por la injusticia que viven él y otros que no pueden expresarse libremente, pues asegura que lo persiguen hasta la isla todos los espíritus de quienes sufrieron la infamia de su España (Unamuno, 1966: I, 560), convirtiéndose en el

abanderado de la justicia y la verdad¹⁴. Por ello, si en los primeros días en la isla Unamuno parecía haberse olvidado de sus adversarios políticos tradicionales, pronto reanuda la lucha contra la monarquía y la dictadura –especialmente contra el general Martínez Anido–, como se ve en las cartas que envía a su mujer, Concha Lizárraga, y a varios amigos, en las que intenta desafiar a los censores¹⁵. Si bien a partir de abril utiliza la pluma como principal arma contra el enemigo, en su travesía también recibe la ayuda de ciertos aliados que lo visitan personalmente, como la del director del periódico francés *Le Quotidien*, Henry Dumay, y la del traductor inglés J. Crawford Fitch. Finalmente, su plan de rescate a bordo de «L'Aiglon», un bergantín goleta al que tienen que acceder en una barca desde la playa durante la madrugada, con todo el peligro que ello implica, resulta un desenlace acorde al carácter quijotesco que acompañó a Unamuno en toda su estancia en la isla.

En segundo lugar, la fiebre de quijotismo se corresponde con el florecimiento de un fuerte patriotismo, pues en el personaje cervantino encuentra Unamuno su tierra amada. La distancia de su Bilbao natal y de su hogar en Salamanca le hace recobrar una constante añoranza de la patria, que encuentra su símbolo máximo en el Quijote. En un estudio sobre el mito quijotesco y su uso político, María Ángeles Varela Olea explica que ante el miedo a la destrucción del patrimonio nacional –o ante la separación del mismo, como le sucede a Unamuno en Fuerteventura– se manifiesta la necesidad de buscar la esencia española en la propia cultura y ello requiere de su proyección en símbolos y mitos que puedan prestar imagen y desarrollo a ideas utópicas. El Quijote fue el mito más desarrollado con este fin, pues la debilidad del personaje y su conocimiento del fracaso lo humanizan y por eso el lector se identifica con él. Tanto es así que, en «La risa quijotesca», Unamuno declara que no ha necesitado llevar a la isla la obra de Cervantes porque ya traía consigo a su pueblo, a su patria, «el Libro en el corazón» (Unamuno, 1966: VIII, 588). La mayúscula de la cita muestra la intención que está presente en todos los artículos del destierro, la de santificar al Quijote, igual que había hecho, una vez más, en *Vida de don Quijote y Sancho*: «Y tú, mi señor don Quijote, ingenioso hidalgo, elévame para que sea yo más que yo» (Unamuno, 1966: I, 589). Para Unamuno, el quijotismo encarna un ideal de vida, por lo que Ángel del Río le llama «el patriarca mayor del Quijotismo, Santo Padre definidor de la nueva religión» (1928: 251). Gracias a este patriotismo traducido en quijotismo, Unamuno mismo se vuelve símbolo de la españolidad.

Si su idealismo le hizo escribir contra el Rey y contra el dictador, algo que manifestaba especialmente en sus cartas, su patriotismo le lleva a apreciar la belleza y majestuosidad de España. Pero no solo en los campos de Castilla encuentra Unamuno un refugio, sino también en la tierra majorera, en la que descubre la pureza de su patria, como se evidencia particularmente en los artículos que escribe durante mayo de 1924 –en su mayoría, incluidos en los volúmenes que García Blanco titula *En el destierro (recuerdos y esperanzas)* y *Canarias (divagaciones de un confinado)*–. Si bien la mayor parte de la crítica unamuniana se ha centrado en sus trabajos como novelista, dramaturgo, poeta y filósofo, fue su labor de periodista, con su doble función política y literaria, la que refleja en mayor medida

la huella del destierro. Su patriotismo quijotesco –o quijotismo patriótico, diría él– empieza a cambiar la mirada que tiene del paisaje que lo rodea y que es, en última instancia, un reflejo de sí mismo.

3.2. Redención a través del paisaje

Al igual que lo hicieron otros miembros de la generación del 98, Unamuno responde a la afición estética de quienes gustan por los paisajes, a los que recurre para exponer sus sentimientos y pensamientos, tal como se ve en sus libros *Paisajes* (1902), *Por tierras de Portugal y de España* (1911) y en *Andanzas y visiones españolas* (1922). A raíz de su primera visita a Las Palmas en 1910, se interesa por conocer la historia local, acudiendo a las obras de Agustín Millares y de Gregorio Chil y Naranjo, pero admite que el estudio de la naturaleza siempre le ha enseñado más que los libros y su estancia en la isla majorera no es una excepción. Allí observa, ordena recuerdos, apunta ideas y sensaciones en torno al paisaje. Esa fusión del hombre con la naturaleza permite sacar toda una teoría de la interpretación unamuniana del paisaje canario, de lo que él llama la creación de su isla quijotesca¹⁶.

Su percepción de las Canarias en 1924 es muy diferente a la de su primer viaje en 1910, cuando advertía que Las Palmas, con todo su movimiento turístico, despertaba poco interés para el espíritu (Unamuno, 1966: I, 315). Durante los cuatro meses que duró el exilio forzado, su cosmovisión de la vida allí cambia. Si bien al llegar repara en el carácter desértico de la isla, tal como expresa en los primeros artículos que redacta para *La Libertad* en el mes de abril, bastan pocos días para que deje de sentirse como un desterrado¹⁷. Al principio se siente completamente ajeno al espacio, pero enseguida lo va haciendo suyo y va encontrando, como dice en una carta a su esposa el 3 de abril de 1924, «un verdadero sanatorio» (Unamuno, 2012: 57). La experiencia modifica tanto sus hábitos, que es difícil reconocer a un Unamuno que pasea en camello, pesca y toma sol desnudo en la terraza de la pensión donde se hospeda. El tiempo del que dispone en la isla le permite enfrascarse en la lectura¹⁸, así como dormir y descansar como nunca antes, al punto de admitir que vive allí los días más entrañados y más fecundos de su vida de luchador por la verdad (Unamuno, 1966: VI, 673). Es precisamente el paisaje lo que calma su espíritu luchador, su frenesí quijotesco, y la clave de esa redención está en sus artículos. Si en abril emprendía su batalla usando la pluma como arma, a mediados de mayo dedica la mayor parte de sus artículos a enaltecer a la isla¹⁹. Primero alaba el clima, al que llama «evangélico» (Unamuno, 1966: I, 553), retractándose de lo que había dicho en su libro *Por tierras de Portugal y de España* sobre Tenerife. Entre las plataneras verdes que buscan los turistas en esta última isla, capital occidental de Canarias, y la austera flora y fauna que ofrece la desértica Fuerteventura, prefiere esta última, lugar donde conoce el gofio, la miel de palma, la tabaiba y la aulaga, planta que califica como «la expresión más perfecta de la isla [...] la palabra suprema» (Unamuno, 1966: I, 557). La visión del paisaje descarnado, que él llama esquelético, se convierte en un *leitmotiv* de Fuerteventura tanto en sus artículos como en sus poemas²⁰. Es

justamente la austeridad e indigencia de la isla y de sus habitantes lo que eleva el espíritu del escritor vasco a lo trascendente; porque Unamuno no se conforma con la sencilla contemplación de los panoramas, sino que busca una explicación a la circunstancia humana y en la pureza del desierto majorero descubre un gran valor espiritual y moral. De esta manera, el espacio aparentemente negativo se convierte en una auténtica revelación para su alma, que se ve enriquecida por la simpleza del paisaje «acamellado» de la isla y por la inmensidad del mar que la rodea. Es así como, contrariamente a las intenciones de los poderosos que lo enviaron al destierro, Unamuno no solo disfruta del aislamiento, sino que lo agradece ya que, como él mismo admite en el artículo «El gofio», el confinamiento le permite recuperar la «santa libertad» (Unamuno, 1966: I, 562). En dicho artículo también se ve un paralelo entre su actitud quijotesca y los elementos simbólicos de la isla. Así, por ejemplo, si se encuentra con unos molinos que muelen trigo se acuerda de los gigantes contra los que peleó don Quijote. Como destaca Sebastián de la Nuez, el proceso de quijotización es una «prueba infalible de la incorporación mítico-simbólica de Fuerteventura a la mente de Unamuno» (1964: 253).

El paisaje majorero y la naturaleza lo liberan de la enfermedad de la abulia y afirma que jamás se he mantenido más despierto que lejos del tumulto de las últimas noticias y del barullo de la actualidad (Unamuno, 1966: VIII, 600). Unamuno es consciente de este hecho, a tal punto que llegará a una sublimación de la isla que se manifestará, sobre todo, una vez que esté en Francia, a través de artículos en los que deja ver una profunda nostalgia por Fuerteventura, lugar en el que echó raíces²¹. ¿En qué consiste este proceso de exaltación espacial? Para Unamuno, la desnudez del terreno isleño refleja el estilo sencillo y puro que debería tener el arte humano, del que siempre fue defensor, como dejó asentado en los artículos de *Alrededor del estilo* (1924); pero también ve reflejado en la isla otro paisaje desértico, el de sus amadas llanuras castellanas. Es allí donde se reencuentra con su patria y con un sentimiento olvidado: la fe en lo trascendente. Según el concepto de paisaje como constructo cultural mediado por la subjetividad del recuerdo y por el ojo que lo interpreta (Maderuelo, 2006: 38), cada hombre lleva su propio paisaje dentro, configurado en su alma. El de Unamuno es un paisaje de preocupaciones religiosas, por eso vuelca su propia vida interior en este espacio seco, ilimitado, que lo conduce fácilmente al éxtasis contemplativo y que lo lleva a lo que siempre buscó, la verdad, pues esa tierra esquelética no puede ocultar nada, no engaña, «es el supremo consuelo de la verdad descarnada» (Unamuno, 1966: VIII, 591). Para Sebastián de la Nuez, la cura se da porque en la isla Unamuno ve la raíz de España que quiere combatir –el veneno de las instituciones–, encuentra a Dios y se libera de la angustia de su «yo» (1964: 258). Cuando comprende lo que la isla ha representado en esta ansiada salvación, habla de ella como lugar de libertad y verdad, lo que lo lleva a expresar su deseo de ser enterrado en ella.

Esta conexión con la naturaleza majorera se dará, principalmente, a través del mar, que constituye un fondo apropiado a sus meditaciones y al que acudirán cuando busque consuelo para sus pensamientos atormentados. Es a partir de mediados de mayo, al acudir todas las noches a la playa a esperar la barca que lo saque de la isla, cuando llega a una profunda comprensión del elemento marino.

Allí, en la interminable espera, contempla las olas, que apaciguan su arrebatado de pasión, es decir, calman su fiebre de lucha. A diferencia del mar asfixiante que encuentra en su primer viaje a Canarias y que resulta «un poderoso sedante, casi un narcótico», donde se sienten «los efectos de la soñarrera, de la dulce modorra del aislamiento» (Unamuno, 1966: I, 322-323), el mar que descubre ahora está cargado de matices, poliédrico en sus sugerencias, como él mismo lo describe a lo largo de los poemas que conforman *De Fuerteventura a París*. El mar que observa en la etapa del exilio –al que se refiere en femenino, dándole así una carga simbólica de lo materno, pues es una mar compasiva, fiel, piadosa– es capaz de suscitar todo aquello que el lenguaje no puede explicar: lo secreto, lo entrañable, la agonía y, en última instancia, el misterio indescifrable de la muerte. Aunque el simbolismo no sea nuevo, alcanza ahora una amplitud de sentido, que marca un nuevo nivel de experiencia mística de inmersión en el fondo del ser (Cerezo Galán, 1996: 640). El mar es el elemento indispensable para entender la poética y la estética unamuniana de la isla, pues es a través de este elemento que alcanza una comunión mística con ella. Junto a las aguas tranquilas de Fuerteventura, Unamuno experimenta un éxtasis de plenitud, de quietud y sosiego, una conexión con lo eterno, lo que queda por debajo de lo cambiante –en consonancia con la metáfora utilizada treinta años antes para explicar el concepto de la «intrahistoria»–. Desde ese momento, siente profundamente el aislamiento, en un sentido positivo, el de renuncia y conexión con lo trascendente y con su yo personal a través del paisaje. Es necesario comprender la percepción que Unamuno tiene de Fuerteventura, los elementos de la naturaleza que destaca, la sublimación que hace de la isla –sobre todo a través del mar– para entender de qué manera hay una redención de su espíritu, frente a la lucha y dialéctica en la que vivía. La fuerza de esta impregnación del ambiente isleño aparecerá en su obra posterior, en la que veremos que, si bien se ha curado su fiebre de lucha acérrima, los anticuerpos del quijotismo prevalecen.

4. DESPUÉS DEL EXILIO O EL DESTIERRO VOLUNTARIO: LOS ANTICUERPOS DEL QUIJOTISMO

El 28 de julio de 1924 Unamuno llega a París y un año después se instala en Hendaya para pasar los últimos años de su exilio. Para Cerezo Galán, es en París donde el autor vasco tuvo que enfrentarse a la cruda experiencia de la soledad, acentuada por la asfixia que le producía la gran ciudad: «Con razón se ha podido ver en el Unamuno autoexiliado en París un don Quijote melancólico, objeto de interés y curiosidad, pero no de viva simpatía» (1996: 649). Fruto de ese estado de desarraigo escribe *La agonía del cristianismo* (1925), libro impregnado de sus dudas y de su lucha. El carácter voluntario de esta etapa del exilio no reduce su aflicción, que aumenta por la cercanía de su tierra natal, al otro lado de la frontera de Hendaya. Nostálgico también de la llanura castellana, evoca, más insistente que nunca, el páramo de Fuerteventura, luego de que el tiempo y la distancia reforzaran el proceso de sublimación de la isla. A partir de entonces, nada será igual en sus textos, en los que se verá la estampa del destierro, pues al igual que en don Quijote, en Unamuno tampoco pueden separarse literatura y vida. Para

Lamm, toda la historia de su exilio es una dramatización, en el sentido de que Unamuno se aprovechará de la experiencia quijotesca para su escritura, aunque esa dramatización no sea consciente (1938: 35). Así se verá tanto en su obra poética (*Romancero del destierro*, 1928; *Cancionero*, 1928-1936), como periodística (los artículos de *Nuevo Mundo* y de *Caras y Caretas*), ensayística (*Alrededor del estilo*, 1924) y novelística (*Cómo se hace una novela*, 1927). A estos títulos hay que sumar el *Manual de quijotismo* –una serie de notas que Unamuno elaboró entre 1925 y 1928 y que permanecieron inéditas hasta la publicación del estudio de Bénédicte Vauthier en 2004– y las obras teatrales *El hermano Juan* (1929) y *Sombras de sueño* (1926), en la que ahondaremos a continuación, como ejemplo paradigmático del quijotismo unamuniano en el destierro y que ha sido a menudo olvidada, en comparación con otros de sus textos escritos después de Fuerteventura²².

Este drama es una reproducción casi exacta de la novela *Tulio Montalbán y Julio Macedo*, publicada en 1920 en la colección «La Novela Corta», que narra la vida de Elvira, una joven que vive con su padre en una isla cuyo nombre desconocemos y que sueña con que llegue un hombre que la libere del aislamiento. Elvira se obsesiona con un personaje de un libro de historia que figura en la biblioteca paterna, más específicamente, con la biografía de Tulio Montalbán, el libertador de una pequeña república americana. Este llega a la isla fingiendo ser otra persona, pues trata de liberarse del peso de ser un personaje heroico y, ante la declaración de amor de Elvira, no acepta que ella quiera más a su identidad pasada, por lo que determina suicidarse, mostrando así el gran tema de la novela: la derrota del hombre verdadero por la figura heroica. Tulio/Julio encarna un tema fundamental en la obra de Unamuno, el de ser ente real o ficción creadora, es decir, el de recrearse en el personaje que queremos ser, tema quijotesco que ya había sido tratado de manera filosófica en *Vida de don Quijote y Sancho*, luego de manera novelística en *Niebla* (1914) y de manera teórica y metafísica en *Tres novelas ejemplares y un prólogo* (1920). Pero, sobre el hipotexto de 1920, en *Sombras de sueño* Unamuno elabora un cambio formal –aparece «la mar» personificada, que ahora tiene una connotación más positiva que en la novela, como redentora de la isla– y un cambio en el contenido –incorpora referencias explícitas al personaje cervantino–. Esta transformación implica una revisión del texto previo, para mirarlo desde un nuevo contexto, como respuesta a nuevas circunstancias. La narración *Tulio Montalbán y Julio Macedo* y el drama *Sombras de sueño* constituyen la reescritura de un mismo motivo en distinta clave, desde un nuevo estado de ánimo y desde una experiencia vital diferente. La pregunta por este cambio de actitud tiene una respuesta sencilla: la estancia en Fuerteventura en 1924²³. Igual que su personaje ficticio, Unamuno, al llegar a la isla, deseoso de paz, de no querer ser lo que los otros quieren que sea, se encuentra con que lo tienen como una leyenda; él también, igual que Tulio, es el hombre de los libros. Es decir, vive en carne propia el aislamiento y experimenta la lucha entre su ser y el que se crea en la isla –el mismo que quiere poner en su libro nunca escrito–; por eso no sorprende la fiebre de quijotismo que experimenta allí. Lo que en la novela de 1920 era sutil, en la reescritura dramática posterior al destierro se hace explícito,

pues esta expresa claramente la disfunción de un sujeto que se nos revela como quijotesco, al ser víctima de una obsesión, manía o enfermedad que debe ser curada. Esto se ve claramente en la observación que hace el padre de Elvira al calificarla como una «Quijotesa» enamorada de su «Dulcineo» (Unamuno, 1966: v, 601). La comparación está presente desde el inicio del primer acto, pero se redobla la apuesta cuando vemos que es la propia protagonista la que se compara con la figura cervantina, uniendo los dos elementos que Unamuno adhiere en la reescritura a la novela, las alusiones quijotescas y el *leitmotiv* marino:

Y quién sabe... acaso salga yo un día, no a caballo, pero sí en un velero, en un corcel de mar, en un clavileño marino, vela al viento del destino, a correr mares, a desfacer entuertos de hombres [...] Y Quijotesa isleña..., marina... Iré, sí, por los mares de Dios, por esos mares eternamente niños (Unamuno, 1966: v, 600).

Esta obra es un ejemplo claro de que el quijotismo de Unamuno sigue vigente en la época del exilio voluntario; pero además es la que refleja más claramente la experiencia vital en Fuerteventura, pues en ella el aislamiento se hace sustancia misma de los personajes. Elvira, como un Quijote femenino, encarna la fuerza vital que Unamuno buscará, como el regazo de una madre protectora, en sus momentos de mayor angustia. Por eso cuando, exiliado en Francia, atraviese una nueva crisis, renacerán en él los anticuerpos del quijotismo, resabio de una época anterior que le ayudará a enfrentar las adversidades. Gracias a estos anticuerpos que prevalecen en su espíritu, logrará abandonar el estado de ánimo que en 1925 dio origen a *La agonía del cristianismo*, para dar paso a una actitud menos dolorida y angustiosa, tal como se ve en los poemas del *Romancero del destierro* y del *Cancionero*, ante los que confiesa que ha recobrado su alegría natural (Unamuno, 1966: VIII, 687). Es que encontrará en sí mismo una vieja herramienta que lo ayudará a superar su congoja: el quijotismo que ya proclamaba a principios de siglo, pero que cobra mayor fuerza y sentido durante el destierro en Fuerteventura.

5. CONCLUSIÓN

Cuando Unamuno parte desterrado a Fuerteventura a comienzos de 1924, florece en él un sentimiento ya conocido: el de la identificación con el *Quijote*, que lo convierte en su ferviente abanderado. La pregunta que hemos intentado responder es por qué se desencadena dicho quijotismo y cómo influye en su espíritu y en su obra. Para ello, hemos abordado, primero, su relación con la figura cervantina antes del destierro y la crítica de la que fue objeto al santificar al hidalgo y tomarlo como emblema del espíritu español. Tras los primeros días de angustia por la partida hacia la isla, lo esperan unos días de calma y pasividad, hasta que, a partir de abril de 1924, Unamuno reactiva su lucha quijotesca contra la dictadura de Primo de Rivera y contra el poder de Alfonso XIII, batalla que emprende por el medio epistolar y el periodístico. El segundo apartado de este estudio evidencia que esta fiebre de quijotismo se debe a varias razones: la primera es la identificación personal con el hidalgo, que lo lleva a luchar por la verdad y la libertad en su figura de justiciero. Unamuno creyó en su lucha a

pesar de todos los obstáculos y por eso su idealismo durante el destierro fue quijotesco. En segundo lugar, el quijotismo se manifiesta en el patriotismo, es decir, en la añoranza de la tierra que se despierta en la distancia. A partir de mayo, la lucha efervescente se calma gracias a un remedio, el refugio en el espacio isleño. Sus artículos y sus poemas reflejan la conexión que Unamuno siente con el territorio austero, con la pureza del paisaje y con la profundidad metafísica del mar, y son los que nos permiten reconstruir la vida íntima –la intrahistoria– de los cuatro meses que pasó en la isla. Durante muchos años, tuvo una visión del paisaje impregnada de mediaciones históricas y literarias, pero esta mirada da un giro en Fuerteventura en donde, como en una experiencia mística, su espíritu atraviesa un doble movimiento, hacia el interior y hacia el exterior, un ensimismarse y un trascenderse. Como sus personajes de *Sombras de sueño*, el vasco se repliega hacia su pasado –vuelve a su quijotismo– y hacia adentro –hacia su yo ex-futuro, el que pudo haber escrito la obra «Don Quijote en Fuerteventura»-. Si bien el libro sobre el mito fuerteventuroso quedó trunco, la fiebre de quijotismo permanece, a modo de anticuerpos, que le servirán de guía en un futuro. Es precisamente en su autoexilio en París donde asimilará, en toda su profundidad, lo que debía a su estancia en Fuerteventura.

Cuando uno enferma, el cuerpo no tarda en activar sus mecanismos de defensa para luchar contra el agente extraño, razón por la que sobreviene la fiebre que, al desaparecer, deja en el organismo anticuerpos necesarios para afrontar futuras adversidades. En el malestar del aislamiento Unamuno no se pierde, se encuentra; no se muere, se salva; pues el paisaje árido y desértico –que lo transporta a Castilla y, por tanto, al *Quijote*– le ofrece la libertad anhelada y, así, desde la nada trasciende al todo. Su destierro fue un acontecimiento de hondas repercusiones en su vida intelectual, política y, sobre todo, espiritual. Venía del ruido, del desenfreno, del duro bregar y en Fuerteventura buscó la quietud, la calma, el sosiego. Venía de debatir con la guerra, la oscuridad, la muerte y allí dialogó con la paz, la luz, la vida. El año 1924 logra reconciliar a Unamuno consigo mismo, lo lleva a hacerse un alma; o, mejor dicho, lo lleva a reconciliarse con su alma quijotesca.

BIBLIOGRAFÍA

- APARICIO MARCOS, A. (2023). Ética del dolor en Miguel de Unamuno. *Revista Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 40(3), pp. 541-550.
- BALSEIRO, J. (1934). The Quixote of contemporary Spain: Miguel de Unamuno. *PMLA*, 49(2), pp. 645-656.
- CEREZO GALÁN, P. (1996). *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno*. Madrid: Trotta.
- DEL RÍO, Á. (1928). Quijotismo y cervantismo: el devenir de un símbolo. *Revista de Estudios Hispánicos*, 1(3), pp. 241-273.
- IGLESIAS ORTEGA, L. (1990). *El quijotismo de Unamuno entre filosofía y mito* (Tesis doctoral). Universidad Complutense de Madrid.
- LAMM, V. L. (1938). *Miguel de Unamuno, the Modern Don Quixote* (Trabajo de Fin de Grado). Texas State College for Women.
- MADERUELO, J. (2006). *El paisaje. Génesis de un concepto*. 2.ª ed. Madrid: Abada.
- NUEZ, S. de la (1964). *Unamuno en Canarias: las islas, el mar y el destierro*. Tenerife: Universidad de La Laguna.
- NUEZ, S. de la (1998). *Ensayos y documentos sobre Unamuno en Canarias*. Tenerife: Instituto de Estudios Canarios.
- RABATÉ, C. y RABATÉ J.-C. (2009). *Miguel de Unamuno. Biografía*. Madrid: Taurus.
- SALCEDO, E. (1957). El primer asedio. *Anales cervantinos*, 6, pp. 227-250.
- SALCEDO, E. (1964). *Vida de don Miguel*. 2.ª ed. Salamanca: Anaya.
- UNAMUNO, M. de (1966). *Obras Completas*. Ed. de Manuel García Blanco. Madrid: Escelicer, vols. I-IX.
- UNAMUNO, M. de (1996). *Epistolario americano*. Ed. de Laureano Robles, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- UNAMUNO, M. de (2004). *Manual de quijotismo; Cómo se hace una novela; Epistolario Miguel de Unamuno-Jean Cassou*. Ed. de Bénédicte Vauthier. 1.ª ed. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- UNAMUNO, M. de (2012). *Cartas del destierro*. Ed. de Colette y Jean-Claude Rabaté. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- VARELA OLEA, M. Á. (2003). *Don Quijote, mitologema nacional (literatura y política entre la Septembrina y la II República)*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos.

NOTAS

¹ Se trata de una tesis doctoral que está disponible en la Casa-Museo Unamuno en Salamanca. Sus puntos más importantes para lo que aquí nos compete son desarrollados por Bénédicte Vauthier en su estudio sobre *Manual de quijotismo* (UNAMUNO, 2004).

² En *Del sentimiento trágico de la vida* (1913), Unamuno reflexiona sobre la enfermedad como una condición propia del ser humano. Debido a su profundo interés por todas las cosas, escribe también sobre temas relacionados con la medicina y la ciencia, sobre los que conversaba con varios de sus amigos médicos –Agustín Cañizo, Casimiro Población, Filiberto Villalobos, Hipólito Rodríguez Pinilla, Casto Prieto–, además de aparecer estos temas en varias de sus novelas, en las que sus personajes reflexionan sobre la enfermedad y la muerte.

³ Asimismo, en el artículo «La Gran Canaria», de agosto de 1910, habla de la condición del aislamiento como «enervamiento de espíritu, de esta hemorragia nerviosa que llaman aplatanamiento» (UNAMUNO, 1966, I, 319).

⁴ Al hablar de la presencia del *Quijote* en su obra nos referimos a la manera en que Unamuno utiliza la obra magna cervantina de manera intertextual, ya sea por mención o alusión a sus personajes y episodios, por recurrir a temáticas en común o por imitar su técnica narrativa. Si bien este no es el objeto de nuestro estudio, dichas relaciones intertextuales ayudan a confirmar que la obra cervantina estaba en su pensamiento de manera constante.

⁵ El hecho de que aquí nos centremos solo en un aspecto del quijotismo no niega la complejidad que dicho concepto tuvo para Unamuno, en toda su acepción filosófica, religiosa y literaria, tal como es desarrollado por Pedro CEREZO GALÁN en su magnífico estudio *Las máscaras de lo trágico* (1996).

⁶ Nos referimos a los artículos que fueron reunidos por Manuel GARCÍA BLANCO bajo el título *Quijotismo y cervantismo*. Tanto «Quijotismo» (1895) como «¡Mue- ra don Quijote!», «¡Viva Alonso el Bueno!» y «Más sobre don Quijote» (1898) evidencian una actitud menos radical que la de *En torno al casticismo*. En «El fondo del quijotismo», publicado dentro de las «Glosas al *Quijote*» (1902), ya pasa a exaltar la locura del hidalgo.

⁷ En los meses previos al destierro, Unamuno expresa su oposición a la dictadura a través de sus correspondencias, pues la censura apenas le permite publicar. Una serie de cartas en las que ataca directamente al Rey y al dictador es lo que provoca la orden de destierro, sobre todo la dirigida a Antonio García Solalinde a finales de 1923, que fue publicada en la revista *Nosotros* de Buenos Aires sin su consentimiento.

⁸ En un reciente artículo en el que se analiza la ética del dolor en textos como *Tratado del amor de Dios* y *Del sentimiento trágico de la vida*, Arrate APARICIO MARCOS (2023) indaga sobre los usos que hace Unamuno de los términos «angustia», «dolor» y «congoja» en relación con el miedo a la muerte y con la influencia recibida de filósofos como Spinoza, Kierkegaard y Pascal.

⁹ Discurso de UNAMUNO en la Casa del Pueblo de Salamanca el día 13 de abril de 1931, publicado al día siguiente en el diario salmantino *El Adelanto*.

¹⁰ Publicado con el título «Divagaciones de un confinado» en *Caras y Caretas*, de Buenos Aires, el 31 de mayo de 1924. Se encuentra recogido en el volumen *Canarias (divagaciones de un confinado)*, editado por Manuel García Blanco (UNAMUNO, 1966, I, 556-558).

¹¹ Para Virginia Lynn LAMM, dicha identificación se basa en que ambos se preocuparon por la fama imperecedera, por la inmortalidad de sus nombres, y en que ambos se guiaron por paradojas y contradicciones (1938, 32-33). Esta última idea, repetida incansablemente por gran parte de la crítica unamuniana, fue rebatida en los últimos años. En cualquier caso, el estudio de Lamm (1938) nos da la pauta de que dos años después de la muerte de Unamuno y en plena Guerra Civil –aunque al otro lado del mundo, en Estados Unidos– ya se estudiaba su quijotismo.

¹² La declaración de este propósito se encuentra en el artículo «Última aventura de don Quijote. La sepultura de Mahán», firmado en Puerto de Cabras en abril de 1924 y en «La risa quijotesca», publicado en *Nuevo Mundo*, el 27 de junio de dicho año; pero también será reiterada al abandonar la isla, en carta a Ramón Castañeyra del día 8 de enero de 1925, carta que constituye la dedicatoria del poemario *De Fuerteventura a París* (1925).

¹³ José BALSEIRO habla de cómo Primo de Rivera, en una declaración en *El Sol* de Madrid, el 21 de marzo de 1924, pone en ridículo al autor vasco y se ríe de él. Balseiro también iguala a Unamuno con la figura de don Quijote en el hecho de que su lucha fue tanto de ideas como espiritual, en ambos se une el hombre de acción y de espíritu (1934, 647).

¹⁴ Para CEREZO GALÁN, la estancia en Fuerteventura significó un paréntesis contemplativo en su historia de luchador, ya que Unamuno se entrega allí al esfuerzo introspectivo, a rumiar ideas y a confiar sus experiencias a un diario en forma poética (1996, 635). Pero no se puede obviar la voluntad de lucha que se refleja en las cartas y algunos artículos, tal como expone Sebastián DE LA NUEZ, cuando habla del ansia frenética con la que reacciona ante la injusticia, razón por la cual empatiza con el personaje cervantino (1964, 157).

¹⁵ En carta escrita a su amigo argentino Ricardo Rojas, el 14 de abril de 1924, asegura que no volverá a España sino libertada y demuestra su fe al asegurar que volverá a su Universidad, «a la Universidad de la Quimera, a la de nuestro Señor don Quijote, el divino loco» (UNAMUNO, 1996, 488). Asimismo, en estas epístolas se ve su deseo de rechazar cualquier amnistía para desempeñar el papel de proscrito, por lo cual ya se expresa todo su espíritu quijotesco.

¹⁶ La relación de Unamuno con las islas Canarias, tanto en su primera visita a Las Palmas en 1910 como en su destierro en Fuerteventura en 1924, fue estudiada por Sebastián DE LA NUEZ en *Unamuno y Canarias: las islas, el mar y el destierro* (1964) y en *Ensayos y documentos sobre Unamuno en Canarias* (1998).

¹⁷ Entre el artículo «Los reinos de Fuerteventura» –publicado el 2 de mayo en *Nuevo Mundo* con el título

de «Comentario»-, en el que llama a la isla «infortunada», y el artículo «Este nuestro clima», en el que la llama «afortunada», pasan solo catorce días.

¹⁸ Además de los tres libros que llevó –el *Nuevo Testamento* en griego, las *Poesías* de Leopardi y la *Divina Comedia* de Dante– y los que le enviaron algunos amigos, están los que le prestan, sobre todo, los de Ramón Castañeyra, a cuya casa acudía Unamuno para tomar prestados varios ejemplares.

¹⁹ No obstante, hay que tener en cuenta que la valoración del paisaje y la lucha quijotesca no se dieron siempre de manera separada. Una vez más, vemos que la realidad no es tan esquemática como lo plantean los estudios críticos que intentan entender un alma que, en su desbordarse, no se deja encasillar.

²⁰ Aunque no nos ocupemos de ello en este artículo, para conocer lo que sucedió profundamente en su alma hay que hacer un estudio detallado de los poemas de *De Fuerteventura a París*, que fueron su diario íntimo. Si en las cartas se evidencia la lucha activa y en los artículos predomina el costumbrismo y la observación del paisaje, ambas cuestiones se unen en este poemario de carácter histórico y autobiográfico, que surge de un ambiente determinado: el paisaje de la isla canaria a través del quijotesco espíritu del escritor exiliado.

²¹ Su añoranza de la tierra majorera se ve en los artículos que escribirá después de su estancia en Fuerteventura, cuando se encuentre en París y en Hendaya, como se ve en «En el suave tumulto» (*Nuevo Mundo*, 22 de agosto de 1924), «De Fuerteventura a París» (*Caras y Caretas*, 4 de octubre de 1924) y en «¡Montaña, desierto, mar!» (*Nuevo Mundo*, 3 de octubre de

1924). En este último dice echar de menos estos tres elementos que encontraba tanto en Gredos, como en Palencia y en Fuerteventura. En el soneto 73 de *De Fuerteventura a París* dice que lo que más echa de menos estando en París es la visión de la mar, que le ha enseñado otra cara de Dios y de España, de la mar que ha dado nuevas raíces a su cristiandad y a su españolidad (UNAMUNO, 1966, VI, 719). Esto demuestra la manera en que están ligados el paisaje y su patriotismo.

²² *Sombras de sueño* –un drama breve de 56 páginas– menciona al *Quijote* unas veinticinco veces. Contamos aquí la mención de palabras que remiten de manera directa a la obra de Cervantes: «Quijote» aparece cuatro veces; «Quijotesa», once veces; «Sancha», seis veces; «Sancho», «Clavileño», «ínsula Barataria» y «Dulcineo» aparecen una vez mencionadas en el texto. En el último acto no aparece ninguna mención directa al *Quijote*, pero la obra finaliza con la intención de realizar una quema de libros, lo que nos remite directamente al argumento cervantino.

²³ En una entrevista dada a José Forns en 1928, Unamuno confiesa que el tema de la novela se lo dio Macías Casanova, joven oriundo de La Gomera, durante su primer viaje a Canarias en 1910. Además, aunque no lo haga explícito, nos presenta algunos indicios de que el escenario isleño de la novela y de su reescritura dramática es Canarias, como la descripción del viejo caserón colonial en el que se guardan cráneos y huesos de los habitantes primitivos de la isla, que responde al actual Museo Canario en la ciudad de Las Palmas, visitado por Unamuno en 1910.

RESUMEN: Este estudio examina el renaciente qui jotismo de Unamuno durante la etapa de su exilio en 1924. Partimos del hecho de que el libro de Cervantes y el qui jotismo como símbolo fueron muy importantes en toda la vida y obra de Unamuno. Sin embargo, es durante su estancia en la isla canaria que el autor vasco logra una identificación plena con el hidalgo manchego, actitud que se evidencia en su lucha contra la injusticia y en su patriotismo, pero que prevalece también en los textos posteriores al exilio. Para ello, se analiza un triple aspecto: la concepción que Unamuno tiene del qui jotismo antes, durante y después de su viaje a Fuerteventura. De esta manera, podremos ver el alcance que tuvo dicho renacer en su vida intelectual, política y espiritual y, por lo tanto, seremos capaces de poner en valor su destierro.

Palabras clave: Unamuno; Fuerteventura; exilio; qui jotismo.

ABSTRACT: This present work studies the revival of Unamuno's quixotism during his exile in 1924. We start from the fact that Cervantes's book and quixotism as a symbol were very important all along Unamuno's life and work. However, it is during his stay in the Canary Island that the basque author feels deeply identified with the Manchegan knight; this attitude reflects in his fight against injustice and in his patriotism, but it remains also in his later texts after the stage of exile. In order to that, we analyze three main points: Unamuno's concept of quixotism before, during and after his trip to Fuerteventura. As a result, we can see the importance that this resurgent quixotism had in his intellectual, political and spiritual life and, therefore, we will be able to judge his exile in a positive way.

Keywords: Unamuno; Fuerteventura; Exile; Quixotism.

DOI: <https://doi.org/10.14201/ccmu2024524358>